

# EL fariseísmo de algunos "demócratas"

Gregorio Peces-Barba Martínez

EN estas páginas, analizando y reprobando las matanzas en Vietnam, afirmé, sin embargo, el valor eminente de la libertad política que había permitido el debate público, con ley y taquígrafos, en los Estados Unidos sobre tan trágico suceso. Me pareció importante subrayar este aspecto del valor de fondo de la libertad política, en todas las ocasiones, sobre todo de esa libertad de expresión y de opinión, cuando en nuestro país tantos límites y tantos secretos innecesarios dificultan planteamientos, impiden discusiones, favorecen rumores y bulos y establecen privilegios de hecho para algunos periodistas, siempre y permanentemente gubernamentales. Tan importante me pareció tal planteamiento en defensa de la libertad política, que arrastré no sólo la tacha de «pro-americano», que algunos, sin duda, me atribuyeron, sino la discrepancia pública en el mismo número con mi querido amigo y profesor don Mariano Aguilar Navarro.

Todos esos antecedentes, me permiten enfocar hoy el mismo problema desde otra perspectiva. La libertad política, elemento importante en el proceso de liberación del hombre en la historia, en el camino del Estado Democrático de Derecho, según la feliz expresión del profesor Elías Díaz, no tiene sus enemigos más importantes entre los totalitarios, dogmáticos y autoritarios de todos los signos, sino muchas veces entre sus propios defensores, entre quienes en el teatro del mundo juegan el papel de demócratas.

A un primer nivel es evidente que el signo de la ciencia y del conocimiento moderno, su empirismo y su pragmatismo, su creencia sólo en lo verificable ha desarmado a la libertad, la ha desarraigado de sus fuentes más profundas. El destino del hombre, la conquista de su autonomía y de su responsabilidad, no son ya la fuente de la aspiración por la Libertad y por la Democracia: La Ética y la Democracia se separan. La tentación humana, antes de que Ma-

quiavelo la explicitase, del éxito inmediato, y en el campo de la política de la razón de Estado, se convierten en el fin. El hombre y su realización integral pasan a un segundo plano. Es paradójico, pero signo también del sentido dialéctico en el progreso de la historia, que cuando el hombre, tras grandes esfuerzos, conquista la libertad de conciencia y de pensamiento, en los albores del mundo moderno, empieza a no creer en nada, o sólo en lo que las ciencias experimentales le proporcionan. A nivel intelectual, científico y filosófico la libertad está por esa razón en una encrucijada difícil, y hay que rehacer en gran parte su fundamentación y su legitimación. Eso explica la tentación totalitaria que resurge cada día entre muchos hombres jóvenes.

Producto de esa autodisolución es el intento de los relativistas de fundamentar la libertad y la democracia sobre el vacío, sobre la inexistencia de una verdad, de unas verdades o de unos valores, que son los del hombre, como su fuente. Kelsen es ejemplo de esta degeneración al colocar como modelo de demócrata a Pilatos, un juez deshonesto, que preguntaba, ¿qué es la verdad?

A un segundo nivel, más pragmático, pero, con toda seguridad, muy vinculado al primero, los políticos prácticos de muchas democracias están cavando la tumba de la libertad a fuerza de no creer en ella. En relación con los Estados Unidos estas contradicciones aumentan en gravedad, porque este país pretende ser, como ha recordado algún periódico en los días de la visita a España del Presidente Nixon, el líder del «mundo libre». Los ideales éticos y jurídicos que han inspirado la declaración del buen pueblo de Virginia, la Constitución de los Estados Unidos, en su defensa de los derechos del Hombre, Lincoln, Lutero King y los ideales reformadores de los Kennedy con sus limitaciones y su condicionamiento histórico y social, estaban en la línea de

autenticidad en la defensa del progreso de la libertad. Pero tenemos que estar de acuerdo en que, ni el imperialismo en Latinoamérica, ni la intervención en Vietnam o en otros lugares del mundo ni el apoyo por razones de oportunidad a regímenes autoritarios o dictatoriales, pueden ayudar a la causa de la libertad en el mundo. También la democracia tiene sus fariseos, y su responsabilidad es mayor cuanto más importante es el puesto que ocupan en la política de su país. Nunca existe justificación para esa hipocresía, cuando se intenta además cubrir con la excusa de la defensa del mundo libre. Recordando la frase de Peguy sobre la revolución, podríamos decir que la Democracia será moral o no será. Cuando cualquier dirigente político y mucho más en ese país, el más poderoso del mundo, cree servir o afirma servir al mundo libre con medios inmorales o pactando con gobernantes no democráticos está desprestigiando a una vía que es el único camino para una convivencia civilizada. La reacción antidemocrática, la tentación contestataria, irracional, de abandonar la razón moral, que se plantea en muchos sectores juveniles del mundo, tiene en gran parte su origen en esa traición, en ese fariseísmo a los ideales de progreso y de servicio a la humanidad. Es necesario denunciar firmemente esta actitud por si quienes realizan prácticas tan viciosas pudieran tener la buena conciencia de creer que sirven a la causa de la Justicia.

John Dewey en su obra «Freedom and Culture» centra con gran clarividencia el problema en 1939 cuando dice:

«...La amenaza auténtica para nuestra Democracia no es la existencia de Estados totalitarios extranjeros, sino la existencia, en nuestro comportamiento personal, y en nuestras propias instituciones, de las condiciones que han dado, en los países extranjeros, una victoria a la autoridad exterior, a la disciplina, a la uniformidad y a la dependencia del Jefe. Por consiguiente el campo de batalla está también aquí, en nosotros mismos y en nuestras instituciones...».

Los Estados Unidos y sus dirigentes cometen un gran error si piensan hacer compatible lo incompatible y sobre todo si lo hacen en nombre de la Libertad. Comprometen con ello muchos esfuerzos, muchos sufrimientos producidos desde posiciones humanistas, en su propio país y fuera de él a lo largo de la historia, para lograr una convivencia justa y un respeto a los derechos fundamentales del hombre.

El fariseísmo de algunos demócratas es un daño que debe ser denunciado y, las posiciones que en esta revista se sostienen, no permiten ni relaciones ni confusiones. Debemos guardar las distancias.